

La canción del oso, del ilustrador francés Benjamin Chaud, fue premiado como Libro del Año por The New York Times.

Tras la miel de la abeja

La canción del oso

Benjamin Chaud
Traducción de Diego de los Santos
Edelevives, 2014
32 páginas. 12 euros

Por Nuria Barrios

INFANTIL. PAPÁ OSO RONCA panza arriba, preparado para dormir el largo sueño del invierno, cuando un frío repentino en el estómago le hace abrir los ojos y descubre que su hijo no está. Atraído por el zumbido de una abeja, el osezo ha escapado del cálido cubil en su persecución, soñando con la promesa de la miel. Papá oso recorre el bosque en su busca, al principio enfadado, luego inquieto y, cuando sale del bosque sin haberlo encontrado, claramente asustado. Corriendo, llega a la ciudad, patea las aceras, mira por las ventanas, pega el hocico a los escaparates, pero ni rastro

del osito. Mientras recorre las calles, llega al imponente edificio de la Ópera de París y, por fin, distingue a su hijo, que en ese momento atraviesa las dos altas columnas de piedra que flanquean la entrada y se cuela en el interior. Sin pensárselo, papá oso se planta en el centro del gran vestíbulo, entre la elegante multitud que aguarda el inicio del concierto. Pero ¿dónde se ha metido su hijo?

A esas alturas, el lector, sin darse cuenta, busca al osito con tanto empeño como su padre. No es tarea fácil, pues las escenas del álbum, a doble página, están pobladas de miles de historias y un sinnúmero de personajes. Papá oso y el lector recorren con los ojos las escalinatas, el bar, los camerinos, los rincones entre bastidores... Buscan al osezo entre los ocupados tramoyistas, los figurinistas, los ajetreos técnicos de iluminación y de maquinaria, las guapísimas coristas, los músicos, los emperifollados espectadores... Hay tantas situaciones

graciosas dentro de cada página que, a menudo, uno olvida al osito hasta que, inesperadamente, lo sorprende persiguiendo la abeja. Y entonces tiene ganas de gritarle a papá oso: "¡Mira, está allí!". Pero el osezo ya ha desaparecido de nuevo, mientras su padre sube y baja por el edificio y entra y sale de las habitaciones, sembrando el caos a su paso.

La canción del oso es mucho más que una versión de los populares libros de ¿Dónde está Wally? Además del juego de busca y encuentra, permite crear tantas historias posibles como personajes aparecen. Y, sin duda, puede leerse como una metáfora del mundo que todos los hijos descubren a sus padres, esa realidad que ya no veían, la asombrosa vida que les pasaba desapercibida por delante. Con estupendos dibujos llenos de humor, que recuerdan a Sempé Goscinny, y una puesta en página de hermosos colores, la historia tiene un final muy dulce y musical.

El álbum hace además un guiño a la realidad, pues hasta el pasado mes de diciembre hubo abejas y panales de rica miel en los tejados de la Ópera de París. Durante 20 años, Jean Pauton, un utilero jubilado, cuidó 8 panales con 450.000 abejas, que libaban en los jardines de las Tullerías, en el Palais Royal, en los balcones del barrio y hasta en el cementerio de Père Lachaise. Su miel se vendía en la boutique de la Ópera y en la lujosa tienda gastronómica Fauchon. ¡Era la miel más cara y chic del mundo!

La canción del oso, del ilustrador francés Benjamin Chaud, fue premiado como Libro del Año por The New York Times. Quien se quede con ganas de leer otras obras de Chaud está de suerte: aún le queda por disfrutar sus libros sobre Pomelo, un pequeño elefante de huerta con inclinaciones filosóficas y una trompa desmesuradamente larga. ●

organizarse, mientras esperan ser rescatados por un barco. Pero, muy pronto, el orden inicial dejará paso a la lucha por el poder, la educación cederá ante los instintos y los crios se convertirán en pequeños salvajes. La novela, publicada en 1954, se convirtió en un clásico. Se llevó al cine y marcó a muchos escritores.

Stephen King tenía la edad de los protagonistas cuando leyó *El señor de las moscas* y pensó que Golding sabía perfectamente cómo eran los chicos de 13 años. "¿Podíamos ser buenos? Sí. ¿Podíamos ser amables? Sí, claro. ¿Podíamos convertirnos en un instante en pequeños monstruos? Desde luego, y lo hacíamos. Al menos un par de veces al día y con mucha más frecuencia durante las vacaciones de verano, cuando nos dejaban campar a nuestras anchas".

La misma edad tenía Ian McEwan, autor del epílogo de esta cuidada edición, cuando leyó la novela. Reconoció inmediatamente a aquellos niños y aquella isla: era el internado donde él estudiaba. "Lo que era tan atractivamente subversivo y verosímil de Golding era la premisa de que en un mundo dominado por niños las cosas iban mal, de una manera horrible, pero interesante". *El señor de las moscas* le marcó de tal manera que al protagonista de su primera novela le puso el nombre de uno de los personajes de Golding.

Jugando con los intensos colores, las ilustraciones de Jorge González acompañan al viaje del lector a la realidad, que brilla furiosa e incandescente en estas páginas. **N. B.**



Arsène Schrauwen I

Olivier Schrauwen
Fulgencio Pimentel. Logroño, 2014
56 páginas. 13 euros

CÓMIC. OLIVIER SCHRAUWEN aumentó su visibilidad como gurú del cómic de vanguardia hace un par de años, con la publicación de *El hombre que se dejó crecer la barba*. En aquel libro de historias cortas, plagadas de referencias pictóricas, Schrauwen parecía estar testando su propia habilidad con el dibujo y la narración gráfica con el propósito de explorar sus límites. Su nuevo título, *Arsène Schrauwen*, podría describirse como una biografía onírica de su abuelo, quien vivió una experiencia iniciática en la última fase del colonialismo belga. En la primera página del cómic, el Olivier novelista gráfico se transfigura en su abuelo y a lo largo del libro recuerda o imagina el viaje y las experiencias de Arsène en la colonia.

La alusión al mundo de los sueños era explícita tanto en el primer libro de Schrauwen, *Mi pequeño*, como en *El hombre que se dejó crecer la barba*, pero en *Arsène Schrauwen* permanece contenida, latente, y es un gran acierto: lo onírico deforma algunos pasajes del libro, pero sin contaminarlos del todo, lo que genera una mayor extrañeza en el lector. Si hay un reparo que manifestar a estas 50 formidables páginas es, de hecho, su brevedad: Schrauwen ha concebido un conjunto de tres libros —el último, al parecer, de más de cien páginas—, y esta primera entrega se saborea casi como un aperitivo.

"No veo el arte como algo que se mueve en dirección a un estado perfecto", ha explicado Schrauwen. Su visión de la creación como "bestia en mutación, siempre adaptándose al entorno", explica la síntesis de referencias añejas y estética moderna que el dibujante fusiona en su obra. Está imbuido de los placeres de la autoedición: la primera y limitada edición de *Arsène Schrauwen* la ha distribuido él mismo. **Valentín Vañó**



Consejos para niñas pequeñas

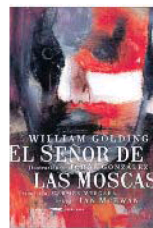
Mark Twain
Traducción de Raquel Vicedo
Sexto Piso, 2014
28 páginas. 14 euros

INFANTIL. MARK TWAIN vino al mundo con el cometa Halley en 1835 y se marchó con él en 1910. Entre medias fue impresor, reportero, piloto de un barco de vapor en el río Misisipi, minero en busca de oro, orador, inventor y, sobre todo, un afamadísimo y endeudado escritor. Además, fue padre de un crío, que murió cuando no había cumplido dos años, y de tres niñas. Los protagonistas de dos de sus obras más conocidas, *Las aventuras de Tom Sawyer* y *Las aventuras de Huckleberry Finn*, son niños. Mucho antes había publicado esta obra, *Consejos para niñas pequeñas*, cuyas protagonistas son niñas. Es fácil imaginarse escribiendo mientras pensaba en sus hijas. Twain, que tenía el don de utilizar la

risa como arma social, ideó este peculiar manual pedagógico donde la subversión se disfraza de ironía. La obra, escrita en 1865 e incluida en *The 30.000 Dollar Bequest and Other Stories* (1867), enumera siete normas de supervivencia femenina en una sociedad donde la educación de las niñas iba dirigida a convertirlas en buenas esposas y madres.

Al control, prohibición y represión de semejante educación, Twain opone la afirmación de la propia voluntad, la insolencia y la ambición, aunque disfrazadas con picardía y astucia para que las niñas consigan aquello que desean. Una destreza muy próxima a lo que hoy día llaman "inteligencia emocional". Por ejemplo: "Si tu madre te pide que hagas algo, no está bien decirle que no. Es mejor y más conveniente darle a entender que harás lo que te ordena y, después, proceder con discreción según los dictados de tu sabio criterio", escribe Twain. Y en esa línea, advierte a las niñas cómo han de comportarse con sus hermanos, sus amigos, sus maestras y las personas mayores.

Consejos para niñas pequeñas ya había sido publicada por la editorial Libros del Zorro Rojo. Esta nueva edición ofrece las ingeniosas ilustraciones de Vladimir Radunsky, que subrayan con un guiño de malicia las palabras de Twain: expresivos personajes vestidos con atuendos del siglo XIX conviven con dibujos a bolígrafo, con tachaduras y con el texto de Twain, mecanografiado en un rectángulo de papel que simula estar pegado a la página igual que un collage. **N. B.**



El señor de las moscas

William Golding
Ilustraciones de Jorge González
Traducción de Carmen Vergara
Epílogo de Ian McEwan
Libros del Zorro Rojo, 2014
288 páginas. 9,80 euros

JUVENIL. WILLIAM GOLDING trabajaba como profesor en una escuela del sur de Inglaterra cuando un día le preguntó a su mujer: "¿No sería buena idea escribir una historia sobre unos chicos en una isla, mostrándoles tal como se comportan realmente, y no como los santitos que aparecen en los libros infantiles?". Su esposa le contestó: "Es una idea estupenda. Hazlo". Y Golding, que tenía entonces 43 años, escribió su primera novela: *El señor de las moscas*, la historia de unos niños británicos cuyo avión se estrella en una isla tropical. A la repentina euforia al verse libre de la autoridad de los adultos sucede la necesidad de